

cristianos la sana doctrina? No parece sino que el ser uno católico cristiano no consiste mas que en saber el simbolo y lo que se debe creer, y descuidar totalmente de lo que se debe practicar. Ya se ve: el simbolo no está en guerra con las pasiones, y se quisiera que el decálogo se convirtiese en artículos de pura creencia. Dígase á una de esas personas mundanas que la Virgen santísima no es Madre de Dios, se irritará, se enfurecerá, y dirá que perderá la vida en defensa de lo contrario; pero dígasela que debe mortificarse y llevar la cruz de Jesucristo, se la verá disculparse, santificarse, y asegurar que en nada halla peligro; ¿y es esto algo mas que una lijera sombra de cristianismo?

El evangelio es del cap. 5 de san Mateo, y el mismo que el dia XVI, pág. 286.

MEDITACION.

DE LOS DAÑOS QUE CAUSA EL LUJO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que por mas que se declame y se haga patente á los ojos de cualquier hombre de mediano juicio la necesidad de sostener un lujo que arruina las casas y familias, es tan fuerte la preocupacion á favor suyo, que llega á tenerse por virtud entre sus apasionados. Nada importa que la santa escritura, los padres y doctores le abominen; de nada sirve que la razon y la experiencia se reunan para hacer palpables sus estragos. El lujo; quién lo creyera! tiene apologistas entre los cristianos, que han hecho solemne renuncia de las galas y vanidades del siglo: el lujo, se dice, es el alma del comercio, es el nervio de los estados, es el que da ocupacion á una infinidad de artesanos, que morirían sin él á manos de la indigencia; el lujo, se dice, es el azote de la holgazaneria.

el destructor de la avaricia, el padre de las artes y el apoyo de la felicidad de las repúblicas. Pero, bien examinadas, ¿tienen alguna fuerza estas exageradas ponderaciones? ¿pueden hacer otra cosa que seducir á los incautos y á los que no se paran en reflexionar las cosas como son en si mismas? Los imperios mas florcientes del mundo comenzaron todos por la frugalidad, y se arruinaron por el lujo: los Persas, los Asirios, los Griegos y los Romanos no tuvieron otro origen ni otro principio de su fatal decadencia, como lo acreditan sus historias: nunca está mas debil un reino que cuando mas brilla en él un lujo desmedido; y si esto es evidente respecto á una nacion entera, ¿qué sucederá con las familias particulares? ¿Cuántas quiebras ruidosas no padecen los mas sanos caudales? ¿cuántos enlaces ventajosos no impide el lujo cada dia? ¿Qué trastornos, qué inquietudes, qué disgustos, qué disensiones eternas no fomenta el lujo en muchas casas y familias? ¿De cuántas injusticias, de cuántas infamias no es la causa? ¿de qué artificios no debe valerse el que tiene que aparentar una ostentacion que le arruina interiormente?

Pero el lujo fomenta una multitud de manos que vivirían en la ociosidad. Bellamente: no se puede negar que es un bien imponderable que se dé ocupacion á los ociosos, que se ejerciten los talentos útiles y que se fomenten las artes; ¿pero no hay su mas y su menos en esta ocupacion de manos y talentos? ¿Qué utilidad nos traen tantos artífices del lujo y de la vanidad, tantos talentos inútiles y aun nocivos que no tienen otro objeto que las nuevas invenciones con que cada dia se disipan los caudales mas lucidos? ¿Son realmente necesarios esos innumerables ministros de la vanidad, que únicamente se emplean en llenar de polvo y de inmundicia los cabellos, adornándolos y rizándolos contra el precepto del apóstol, y en dar

una enorme magnitud á unas cabezas tan pequeñas como vanas? Serian útiles ciertamente, si, como las adornan en lo físico, las compusieran en lo moral. ¿Y es tambien necesaria esa multitud inmensa de sirvientes, que no tienen otro empleo que dar ostentacion á los señores, viviendo sin embargo en un ocio eterno y vergonzoso? ¿Son por ventura indispensables para nuestra felicidad esas personas que se emplean en las fútiles bagatelas, fruslerías y necesidades que nos presenta el inconstante sistema de la moda?

Mas, se fomenta el comercio, y subsisten los artesanos: asi se dice. Pero ábranse los libros de los comerciantes, y se verán llenos de cuantiosos créditos contra esas mismas personas que aparentan en el público el lujo mas brillante; se verá la mayor miseria cubierta con una ostentacion magnífica y pomposa. Y no cobrando el comerciante el importe de sus géneros, ¿podrá subsistir largo tiempo su comercio? Se da de trabajar al artesano; ¿pero cuántos de estos infelices suspiran largo tiempo por sus jornales, carecen del fruto de sus sudores con que debieran alimentar á su familia, y padecen entre tanto no solo el horror de la miseria sino insultos y desprecios de parte de sus deudores? ¿Y es esta toda la utilidad y ventajas que el lujo nos proporciona? ¿Y habremos de ser tan ciegos que no conozcamos nuestra ruina cuando se nos entra por los ojos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay vicio mas ridículo que la vanidad en el lujo, ni que mas pueda hacer reir á cualquier hombre sensato. Aun los mas apasionados por el lujo se quejan amargamente de la dura precision en que los pone para haber de mantenerle, aunque sea á costa de la mayor economía y del ayuno mas

riguroso en sus casas. Se quejan del excesivo precio á que deben pagar esos muebles de vanidad, que hoy lucen y mañana se desprecian. Ponderan que ha subido tanto de punto la vanidad, que se ven precisados á que sus mujeres é hijas lleven hoy en la cabeza lo que en otros tiempos seria el dote de una princesa ó de una reina; se lamentan de que no pueden colocar á una hija á causa de los excesivos gastos que ha introducido la moda; y si no la colocan, sienten el desvelo é inquietudes que les causa el custodiarla. Así hablan los mismos esclavos del lujo, aquellos hombres en cuyas manos está el librarse enteramente de tan tirana esclavitud, si tuviesen siquiera una hora de juicio. ¿No seria un loco el que pudiendo con solo querer librarse de una enfermedad, se obstinase en padecerla y se quejase de sus malas? ¿No seria mas digno de risa que de lástima? Pues esto es lo que sucede á los lujosos: todos se quejan, todos pueden solo con que quieran librarse de tan molestos sabores, y con todo ninguno se resuelve á romper esta cadena que á todos enlaza.

No es menos risible la locura de los que dicen serles necesaria la ostentacion y el lujo para distinguirse de los inferiores y de las gentes de otra clase. Y llega á tanto el desatino, que creerian arriesgar su honor si no se presentasen con el mismo tren y magnificencia que los demás de su esfera y condicion. ¡Sublime idea por cierto la que se tiene del mérito y del honor! A poco tiempo que se reflexione, se conoce claramente que el honor no tiene enemigo mas poderoso ni temible que el mismo lujo con que quiere conservarse. Quiere una señora mantener entre susiguales el mismo lujo que ellas; saben muy bien estas lo que pasa por sí mismas para sostenerle, la economía, los ayunos forzados que les cuesta en su casa el brillar en las concurrencias; saben tambien á cuanto ascienden sus

rentas; y por estos principios, en que no pueden equivocarse, cuando ven que otra las compite ó las excede en galas, y sin tener una igual ó mayor renta, es muy natural la consecuencia que, ó el mercader le dará sus géneros de valde, ó que se valdrá de alguna industria que ellas no conocen. ¿Y cuánto no interesa esto su honor? ¿Y serán muy temerarios los juicios á que se da lugar con una conducta semejante?

Quiere una señora distinguirse de la plebe con un vestido magnífico y costoso, ¿pero no se sabe demasiado que ciertas prendas naturales reunidas á la disolución mas infame suelen equivocar todas las clases? ¿Quién podrá distinguir una de esas viles criaturas de la señora mas encumbrada, solo por el exterior? Debiera, pues, esta vestirse de estrellas y coronarse de luceros para distinguirse de las otras. Pero ¿tienen juicio, tienen sentido comun unas personas que hacen consistir su honor en cuatro cintas, en cuatro bagatelas que se compran en cualquiera tienda por unos pocos doblones? ¿Mas qué se dirá de mí si no me presento con los mismos atavíos que las señoras de mi esfera? Se dirá que tienes juicio, que no eres tan loca como las demás, que usas de tu razon, que fundas tu mérito en tus operaciones, que no quieres ser vil esclava de los caprichos de la moda, que crees que el vestido no puede darte un mérito verdadero, que te sabes contentar con una decencia cristiana y digna de que la imitasen las demás. Esto es lo que se dirá, y así pensará todo hombre sensato. Es verdad que no juzgará del mismo modo esa turba de adoradores sacrilegos que te adula, que celebra tus prendas y elogia el bello gusto de tus adornos; ¿pero eres tan inocente que no adviertas adonde se dirigen esos fingidos elogios? Saben muy bien esos jóvenes á quienes procuras agradar, que á proporcion que es mayor tu artificio en adornarte, es menor el que tienen que

emplear para seducirte. Esos mismos que elogian tus gracias y belleza no son los que te buscarán para esposa. Saben que una mujer apasionada por el lujo no es una fortaleza inconquistable á las baías de oro y plata; que el honor es una débil barrera en este caso; y aun cuando pudieses resistir á sus ataques, ¿quedaria por eso tu honor ileso entre sus lenguas?

Desengáñate, pues, y cree firmemente que la virtud, la honestidad y la decencia son las prendas mas brillantes, y las que hacen el verdadero adorno de una señora cristiana. Todo cristiano renuncia solemnemente en el bautismo las galas, pompas y vanidades del siglo. Pregunta, pues, á una de esas personas del mundo qué es lo que ha renunciado en el bautismo, y no sabrá que responderte, ¡cosa extraña! Jamás pensó san Ildelfonso en los vanos adornos que tanto se estiman en el mundo, y mereció que la misma Reina del universo le honrase, enviándole de los cielos un adorno preciosísimo.

¿Cuándo haré, Dios mio, el aprecio que debo del verdadero mérito, de la santa libertad de hijo vuestro que me mereció mi Redentor, y despreciaré altamente estas ilusiones de vanidad con que el mundo me deslumbra! ¿Cuándo lograré revestirme de la estola de justicia que haga á mi alma vistosa y agradable á vuestros ojos, y me desnudaré del hombre viejo que todo es corrupcion y vanidad!

JACULATORIAS.

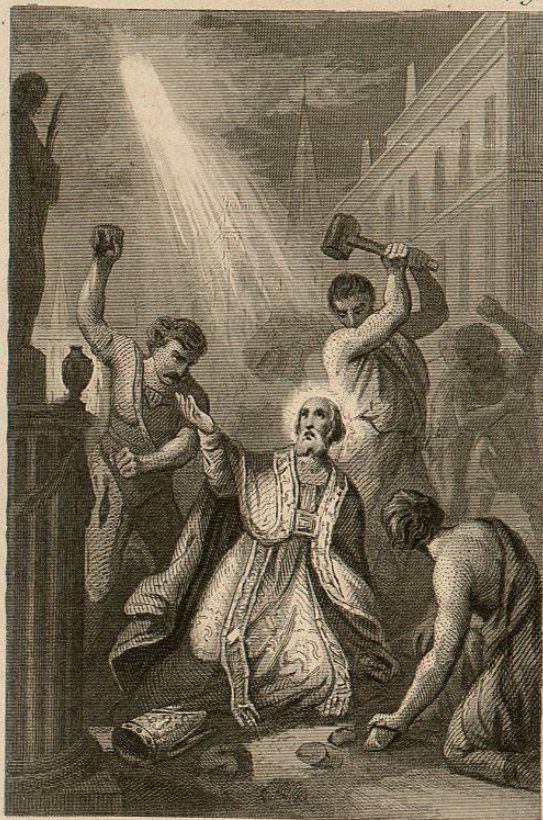
Averte oculos meos, ne videant vanitatem. Salm. 118.
Apartad, Señor, mis ojos de la vanidad del mundo.

Tu scis quod abominer signum superbiæ et gloriæ meæ, quod est super caput meum. Esth. 14.

Sabeis, Señor, que abomino esta señal de soberbia y de vanidad que llevo sobre mi cabeza.

PROPOSITOS.

4. La soberbia, la avaricia y otras semejantes pasiones son unos vicios que naturalmente aborrecemos en los demás, pero que con dificultad los conocemos dentro de nosotros. Se hacen las mas fuertes invectivas contra la sed insaciable de un avaro; pero apenas hay quien se confiese herido de esta lepra. Lo mismo sucede con el lujo: por poca reflexion que se haga se conocen con evidencia los daños que causa al estado, á las familias y á la Religion; pero son muy pocos los que se quejan de esta enfermedad. Se ven infinitas personas en quienes no puede menos de condenarse un lujo exorbitante, y que escandaliza no solo en las calles y paseos, sino al pié de los santos altares; se las ve llegar tambien, y con frecuencia, á presentarse al juicio del sacerdote, y sin duda se creará que van á manifestar esta lepra. Esperas los siete dias que prescribe la ley para abrirse de nuevo el juicio, y observas que no solo continúa la lepra, sino que va creciendo por momentos. Esperas no obstante otros siete dias, y no ves que los leprosos se presenten con vestidos descosidos, con la cabeza desnuda, con el rostro cubierto, y llamándose á voces contaminados é inmundos, ni que se separen de la multitud conforme á la sentencia de la ley. Es decir, esas mismas personas frecuentan los sacramentos, hacen una vida al parecer cristiana, y no se las ve que minoren el lujo: lo que es una prueba decisiva de que ó no le tienen por malo, ó que no le condena el sacerdote. A tanto como esto llega la ceguedad en que puede precipitarte ese vicio detestable. El ejemplo de los demás tiene tambien una fuerza poderosa para que creamos permitido lo que vemos universalmente practicado; pero debes tener muy presente que no te ha de juzgar Dios por lo que hicieron ó pensaren los demás, sino



S. TIMOTEO, O. Y C.

por tu propia conciencia. No te servirá de disculpa el mal ejemplo : Dios te manda que lo evites, y esto debe ser la regla de tu conducta.

2. Hazte una ley inviolable de cercenar algo cada dia de aquellos gastos que te parezcan menos precisos, y vete reduciendo poco á poco á una moderacion y frugalidad cristiana. No te se prohíbe un porte decente y honesto conforme á tu calidad; pero ¿tendrás conciencia para dejar el vestido decente que hoy usas por comprarte otro, sin mas necesidad que el ser de moda? ¿No es mucho mas preciso el socorro de los pobres á quienes faltan uno y otro? Sueles hacerte un vestido en tu cumpleaños, en tus dias ó en los de tu mujer ó hijos, sin mas necesidad que esta ocurrencia; y ¿no seria una moda muy cristiana y digna de que se extendiese en todas partes que vistieses á algun pobre en tales dias? Sueles tambien en dichas ocasiones dar una mesa espléndida á tus conocidos y parientes, que no lo necesitan y que tal vez murmuran de tu profusion ó se quejan de tu escasez; ¿y no seria mejor que te acompañasen varios pobres, que quedarían satisfechos y los tendrías siempre agradecidos? Estas razones te parecen bien, y aun te convencen; ¿pero tendrás resolucion para ponerlas en práctica?

DIA VEINTE Y CUATRO.

SAN TIMOTÉO, OBISPO DE ÉFESO Y MÁRTIR

San Timotéo, á quien san Pablo en muchas de sus cartas llama su discípulo carísimo, su amado hijo y su hermano, fué natural de Listres, en Licaonia, provincia del Asia Menor. Su padre era gentil y su madre judía; llamábase está Eunice, y habia abrazado la re-